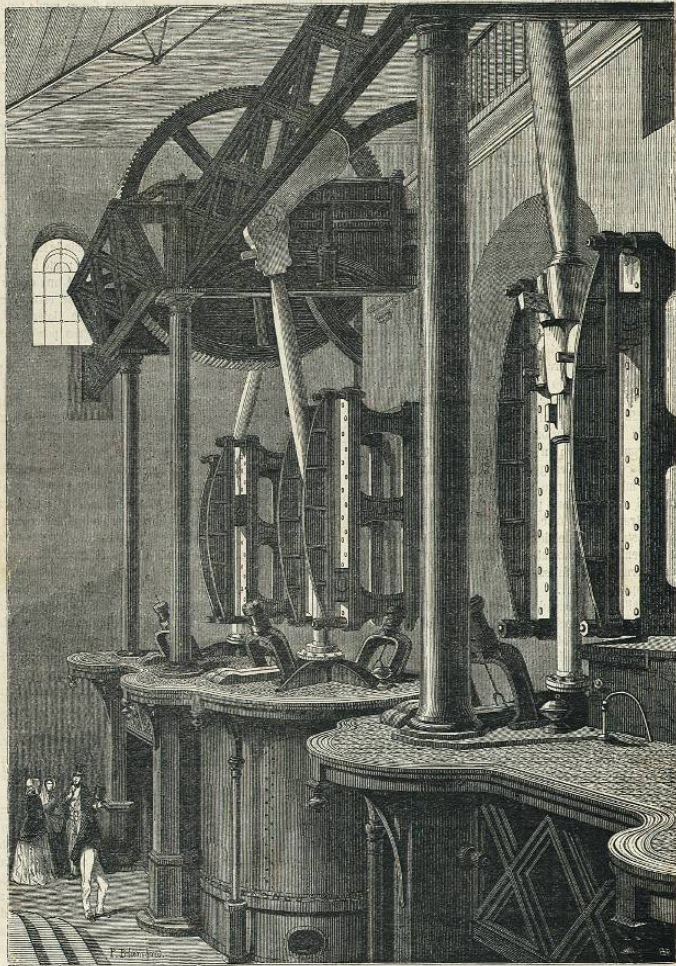


recipiente. El niño que se pone en sus labios una llave en cuyo canto acaba de aspirar el aire, y el mecánico que pone en juego los cuatro grandes embolos de San German, ha-

cen una operacion idéntica, en el fondo, aunque muy diferentes en la forma y en los resultados. La máquina pneumática de Heron de Alejandria podrá apenas levantar algunos mil-



Bombas para sacar el aire en el tubo del camino de hierro atmosférico de San German.—Dibujo de P. BLANCHARD.

metros su piel; la máquina pneumática de San German hace subir rápidamente una cesta escarpada a un convoy cargado de viajeros. Entre estos dos términos de una misma idea,

cuales han sido los grados sucesivos recorridos por el espíritu humano en su marcha tan lenta casi siempre? Interesante estudio por cierto, al que quizá nos consagraremos algún día.

MOISES VALENTIN.



El Juicio de Salomon.

Nacido en 1600 en la ciudad de Coulommiers en Brie, muerto en Roma en 1632, después de haber pasado su corta vida en beber y pintar, tal es en dos palabras la historia de Moises Valentin.

Aun cuando esta historia no fuese conocida de antemano, se adivinaria con solo recorrer las diferentes páginas de sus obras en las que no se ve otra cosa, en efecto, mas que reuniones de jugadores y de bebedores, de soldados penderos, de conciertos galantes y asilos de jitanos.

No diremos de este pintor lo que hemos dicho de Gericault: aunque hubiese vivido muchos años mas, no por eso habria sido mayor su gloria y fama. El día que después de haber tomado su funesto baño en la fuente del *Babovino*, imprudencia que le costó la vida, ese día, podemos decir, habia manifestado ya hasta donde alcanzaba su talento.

Si la naturaleza fuese negra, no hay duda que Valentin, el eterno imitador del Caravaggio, seria el primer pintor que hubiese ilustrado los anales del arte universal. Todas sus composiciones, aun aquellas cuya escena pasa en las regiones mas luminosas que tiene el globo, están pintadas bajo un sistema invariable de sombras opacas, y sus claros mas vivos, parecen resplandores nocturnos; pero al lado de estos defectos, hijos de su estilo amanerado y particular suyo, po-

see sin embargo este artista las mas sobresalientes cualidades.

Nunca su fogoso pincel conoció la indecision ni por un solo instante. En la espresion que dió a los personajes de sus lienzos, hay siempre una verdad patente, aunque un tanto vulgar. Su dibujo que carece, por lo regular, de distincion, tiene una gran realida, por medio de la cual sabe dar vida a todos los asuntos que trata, don mas raro de lo que se cree, y que ha hecho pasar a la posteridad a cuantos artistas tuvieron la dicha de poseerlo.

Moises Valentin tradujo tambien en sus pinturas, un célebre número de pasajes de la Santa Escritura: su estilo en estas últimas composiciones no es mucho mas elevado que en aquellas que hemos mencionado mas arriba. Para poder admitir su *juicio de Salomon*, es menester olvidarse del que debemos a Nicolas Poussin. Ninguna comparacion es posible entre estas dos obras, bajo el punto de vista de la estética. Nunca la espresion de la belleza moral y de las emociones mas dramáticas del alma, llegó a un grado tan sublime como en las admirables obras del Poussin; y sin embargo, preciso es confesar que Valentin ha sido superior a su ilustre amigo en la parte puramente material de su cuadro, en la ejecucion.

go vendido, y que lo he entregado todo á los usureros?

Un sentimiento mal definido aun de remordimiento ó de vergüenza atravesó el alma de José de Acquaviva. Su cabeza se inclinó sobre su pecho palpitante, y absorto en las angustias de aquella penosa situación, entre los honores que llaman á su puerta y aquella alianza desproporcionada que se levanta ahora como un muro de acero para impedirle que sea rico y poderoso, el conde titubea y calcula. Su madre, comprendiendo la lucha de aquella mente tan llena de vanidades y flaquezas, trata de aprovecharse de aquella incertidumbre que es ya para ella una victoria.

—Habeis cometido una falta, hijo mio, le dijo con un tono de voz ménos amargo, que puede precipitaros en un eterno abismo, una falta que os hará el objeto de la ironía pública, falta que debeis ocultar á todas las miradas enterandola en el olvido mas profundo.

—Cómo! Os atreveriais á proponerme un crimen?

—Sois un niño, mi querido principe, repuso la madre enojándose de hombres, y no comprendéis lo que os estoy diciendo. Quién se acuerda ahora de cometer crímenes? Bastante tenéis que hacer con reparar vuestras locuras sin sumerjirnos por eso en un nuevo laberinto de apuros. Acaso os imagináis que vuestra madre quiere aceptar el papel de Locusta y suministrar el veneno para la mujer con quien os habeis casado, á beneficio de una indefinible aberración de ánimo? Acaso tengo yo á mi lado una pandilla de *braví* dispuestos á clavar sus puñales en los senos de jóvenes sin defensa? Aquellos tiempos pasaron ya, si es que alguna vez han existido. Soy una mujer del siglo en que vivimos, y apelo únicamente á vuestra razón. No se trata aquí de esos amores insensatos que deben acortar las distancias, colmar el vacío que la naturaleza y la sociedad han puesto entre los unos y los otros; los amores se acaban luego, hijo mio, ya debeis tener alguna experiencia de ello. Lo que solo es estable y permanente es el honor de las familias, la consideración que va unida á las antiguas razas, el brillo que hemos recibido de los antepasados, y el que debemos legar á nuestros descendientes. Y ahora que comprendéis mis palabras, porque en los corazones bien nacidos la razón recobra su imperio tarde ó temprano, os indicaré lo que debeis hacer para reducir al silencio á Benedetta. Yo creo sin duda que ella os ama; habladle francamente como hombre, como jefe de la familia, como principe: dadle á entender que ese matrimonio es imposible, porque destruye enteramente nuestro porvenir. Dicen que esa joven tiene grandeza de alma y buenos sentimientos; espednelle, pues, vuestra dolorosa posición, y sies mujer previsora y buena madre, con pocas palabras lo comprenderá. Entonces yo misma seré la primera á honrar su viréud, y á enriquecer el desinterés que os manifieste.

Don José nada respondia; allí estaba incierto, irresoluto, combatiendo con mil ideas contrarias. Su madre le seguía en esas luchas de las cuales dependía toda su fortuna; espíabala ansiosa todos sus movimientos, y adivinaba cada oscilación de su pensamiento. Por último cuando le vió abatido y cabizbajo, y conoció lo que padecía interiormente, le dijo con un acento impregnado de amor maternal:

—Hijo mio, el deber que tenéis que llenar es muy penoso, lo conozco; de ninguna manera me atreveria á imponérselo si no me obligasen á ello las exigencias de nuestro porvenir. No estoy animada de odio ninguno contra Benedetta, muy al contrario, la estimo, por lo que todo el mundo dice de ella. Queréis que vaya á verla en vuestro nombre, y que á ruego de toda nuestra familia desolada le pida que renuncie ántes al Señor á esa unión, que me arroje á sus piés supli-

cándola que os devuelva vuestra libertad? Decís que es madre, no es verdad? Pues entónces, os aseguro que comprenderá mi lenguaje.

Don José seguía escuchando sin decir palabra.

—Si creéis que mis súplicas no han de tener buen resultado, emplemos para esta misión la alta prohibición de nuestro tío el cardenal Anfossi, tan querido de nuestro señor el papa; una palabra de su boca tendrá mas influencia sobre Benedetta que todas mis súplicas y lamentos.

—No, exclamó don José como saliendo de un penoso sueño, no, la posición que me le hecho, á pesar de Benedetta, es terrible, porque Benedetta rechazaba todo proyecto de unión; pero nos hemos unido ante el Señor, y este lazo no puede deshacerse en el mundo. Es necesario que, por un esfuerzo de su propia voluntad, Benedetta consienta en lo que exijis, que es acaso muy justo, para que yo me crea libre de disponer de mi mano; pero yo solo debo prepararla á este sacrificio, soy yo solo quien debo pedirle que me odie tanto como yo la amo.

—Está bien, hijo mio. Id á ver á Benedetta y Dios os inspire palabras que puedan llegarla al corazón, porque de ella dependen el honor de los Acquaviva, el esplendor ó la ruina de esta noble casa.

Hacia mucho tiempo que Benedetta no era ya aquella joven cantatriz del Corso que dormía por la noche en el pórtico del Vaticano, aquella joven con los piés descalzos, pobremente vestida, que tendía tan graciosamente su vergonzosa mano á la caridad de los ociosos. El bienestar le había embellecido hasta lo sumo. La educación concluía lo que la naturaleza había comenzado, y solo faltaba presentarla en sociedad para que fuera proclamada una mujer superior, una artista distinguida y una de las mas encantadoras criaturas de Italia. Todo esto sin embargo, no despertaba su amor propio y mucho ménos su ambición. Dichosa en el retiro donde pasaba su vida tan dulcemente entre el estudio de los grandes maestros y la música, de la cual el maestro Palestri seguía proclamándola la musa, y mas dichosa aun con la ternura de aquel que, en el secreto de su alma, se enorgullecía de llamar esposo, Benedetta esperaba con confianza, aunque sin deseos impacientes, la época fijada por ella misma para hacer pública una unión que su amor de madre deseaba legitimar á los ojos del mundo.

Al lado de la cuna de su primer hijo, enjugando sus llores, espando su sonrisa, buscando en sus facciones apenas formadas las del hombre que la sacó de la miseria, que la colmó de bienes y favores, Benedetta se entregaba sin amargura á sus risueños pensamientos, á su profunda gratitud, al deseo de amar y de ser amada.

Hacia un año que la vida no era para Benedetta sino una serie de dias serenos, sin la mas ligera tempestad. Había visto el mundo por el prisma de su amor, y le había encontrado muy hermoso, porque por todas partes había recogido mil homenajes, por todas partes había sido saludada como reina de las fiestas en que se presentaba, y por último siempre había sido recibida como se recibe en Roma al genio y la belleza.

Sumerjada estaba en estos recuerdos y estas esperanzas, cuando se presentó don José de Acquaviva, lleno de dolor el corazón, sombrío y pálido como un hombre que se inclina bajo el peso de un gran remordimiento. Benedetta al verle hace un movimiento de sorpresa, y luego precipitándose hacia él con una solícita inquietud, le dice tíntamente:

—Qué tenéis? Un gran sentimiento se lee en vuestras miradas; un pensamiento de tristeza agita vuestra alma, venis

á buscar aquí el consuelo de vuestras pesadumbres; mil gracias: os doy, amigo mio.

—Qué buena sois, Benedetta! No necesito consuelos, no; os traigo el luto y la vergüenza.

—Qué decís? no os comprendo, exclamó la joven conmovida.

—Mi fio, el principe de Acquaviva ha muerto; acaso lo sabeis ya; me ha nombrado heredero universal, pero con condición de que me case con la hija que deja en este mundo.

—Y venis sin preparacion y sin rodeos á pedirme el corazón que me habeis dado, la mano que me habeis ofrecido? Ah! eso es horrible, don José; no os creia capaz de tanta crueldad.

—En vez de escitar vuestra justa cólera, necesito vuestra piedad: soy muy desgraciado, Benedetta.

—Desgraciado, y porqué?

—Ya os lo he dicho. Sin esa herencia toda mi familia está arruinada; no le queda mas que el deshonor y la miseria.

(Se continuará.)

TOMAS LAWRENCE.

Tomas Lawrence de quien hemos hablado ya con motivo del retrato del rey Jorge IV, nació en Bristol el 9 de mayo de 1769. Su padre era un pobre cómico que fué á establecerse á Devizes de posadero despues del nacimiento de Tomas. E



J. H. CARRA'S SON. D.

Retrato de lady Dover.

miserable parador de este aventurero, se llamaba *pasada del Oso negro*. Allí fué donde subido en una mesa, como Gulliver en la isla de los gigantes, nuestro futuro pintor, á la edad entónces de cinco años, recitaba gesticulando ántes un auditorio de chalanes en la taberna paternal, algunos trozos de Shakspere y de Milton. El amor de los aplausos que siendo tan niño aun le había venido, debía seguirle hasta el fin de su vida; únicamente el infimo auditorio que se los prodigaba entónces hubo de cambiarse despues en un brillante círculo de personajes ilustres y de aristocráticas bellidades.

Aun en la edad en que un niño no sabe todavía coger la pluma ó el lápiz, Tomas Lawrence había bosquejado las rubicundas fisonomías de sus espectadores. El arte del dibujo era un don que le había otorgado la naturaleza con la liberalidad mas insólita: el niño dibujaba lo mismo que el poeta Ovidio hacía versos, con una espontaneidad desconocida hasta entónces en la historia.

A los nueve años fué cuando vió por primera vez un Museo de cuadros. Cuéntase que un lienzo de Rubens le hizo llorar de celos al contemplarle.

Un año despues tenia ya un estudio en donde recibía obispos, condes y condesas que servían de modelo al hijo pródigo, pagándole cada retrato una ó dos guineas.

Pero no es esto todo: devorado de una insaciable sed de gloria y de celebridad, y viendo que sus retratos no se le daban con mucha prontitud, sir Tomas Lawrence concibió la idea de entrar en el teatro y dejando á un lado la interpretación de la naturaleza con el pincel, quiso interpretar á Shakspere con la voz, el traje y el ademan; pero su padre que tenia mas confianza en la pintura hizo que lesilbaran atrozmente preparándole una derrota vergonzosa. Nuestro joven volvió inmediatamente á la pintura.

En efecto, pasados algunos años, Lawrence se presentó en la grande escena de Londres. Segun dice uno de sus histo-

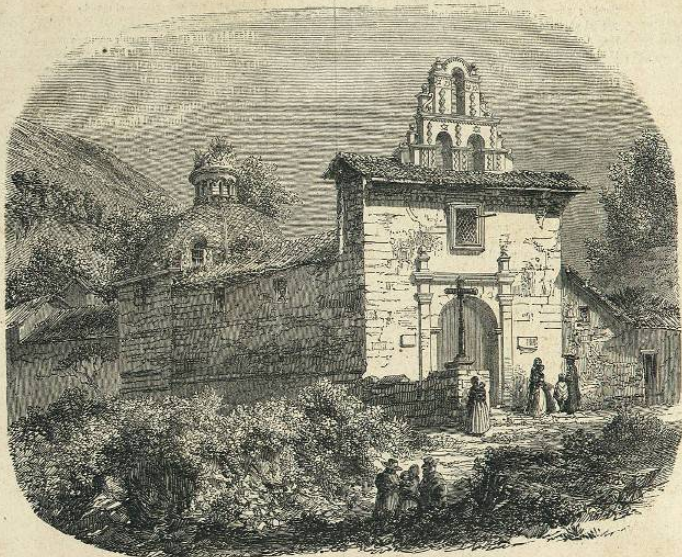
¡Florece, tus ramas estiendo!
¡La estirpe de Adán fatigada
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confia!

¡Te acaten pasando los siglos
Y tú los presilas inmóvil,
Y toda rodilla se doble
En faz de tu eterno vigor!

¡El cielo, la tierra, el abismo,
Se inclinan si suena tu nombre!...
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

G. G. DE AVELLANEDA.

LA CAPILLA DEL ROBO.



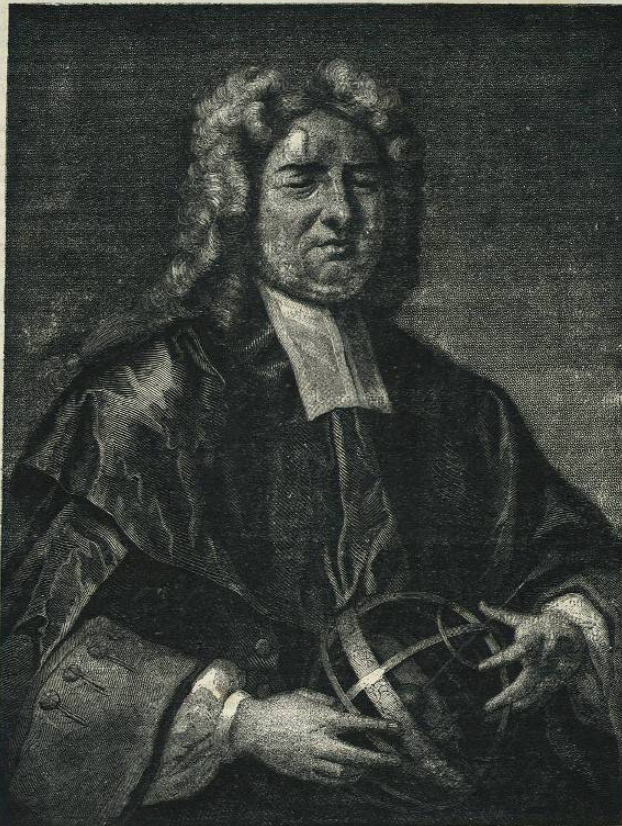
Imprenta de Blondeva.

La capilla del Robo, cerca de Quito, en la República del Ecuador.—Dibujo enviado por M. Ernest Charton.

Esta capilla está situada cerca de Quito, á la orilla de la barranca de Jerusalem en medio de un raro paisaje lleno de recuerdos terribles: á cada paso que da el viajero en esta *Quebrada* famosa, el guía cuenta alguna sombría leyenda, hija de las supersticiones indias ó de los anales del crimen. De todas estas relaciones, las mas dignas de fé son aquellas que recuerdan los numerosos robos cometidos por los indios, entre las rocas y en los matorrales. Se dice que hubo un hombre rico y de un carácter orijinal que, apiadado de estos indios, inducidos al mal por la miseria, mandó construir la capilla del Robo, é hizo decir muchas misas por el rescate de sus almas. Pero esta esplicacion del nombre singular que lleva el elegante oratorio, no es la mas curiosa ni la mas popular. Segun una tradicion bastante acreditada, hace muchos años que un fraile se escapó un dia de un rico convento

de Quito, colgó sus hábitos, cambió su nombre, se disfrazó, é hizo su entrada en el mundo con un titulo falso y lleno de riquezas: se rodeó de un lujo extraordinario, prodigó el oro grandemente á su alrededor, y se entregó sin freno á todos los extravíos de sus pasiones. Esta vida de desorden no tardó en quebrantarle la salud; cuando estuvo próximo á la muerte, mandó llamar á un clérigo, y le confesó que en otro tiempo habia despojado en el convento una estatua de la Virgen de todas las pedrerías que la adornaban, reemplazándolas con otras falsas, añadiendo que habia ocultado estas piedras preciosas, de un valor incalculable, debajo de una peña en la barranca de Jerusalem. Despues de hecha esta confesion, murió. Cuando fueron al sitio designado, se encontraron aun algunas de estas piedras, y en recuerdo y expiacion de este sacrilegio se edificó la capilla de que hablamos.

INSTRUCCION DE LOS CIEGOS.



Saunderson, ciego, profesor de Matemáticas de la Universidad de Cambridge.

DE ALGUNOS CIEGOS CÉLEBRES. (1)

ANASTASI (José Pedro Carlos) nacido en Roma, pintor de historia, uno de los colaboradores de la grande coleccion de cuadros, bajos-relieves, y estatuas del Museo, dirigida

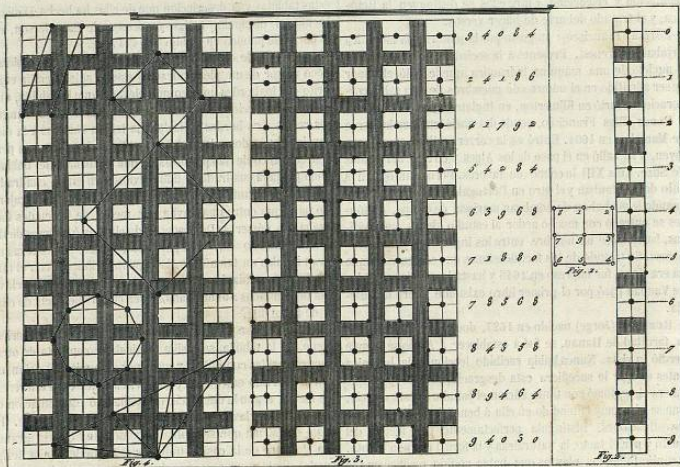
1 Resumen del Ensayo sobre la Instruccion de los Ciegos, por el doctor Guillié, ex-director general y médico principal de la Escuela de los niños ciegos de Paris (1820). El doctor Guillié ha dado una lista de los ciegos que, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, se han hecho célebres en las ciencias y las artes, comprendiendo en ella varias personas que no se volvieron ciegas sino en una edad

por Visconti, habiéndose vuelto ciego á la edad de treinta y dos años se dedicó al estudio de la mecánica. Por medio del tacto solamente hizo modelos de fortificaciones en relieve tan bien hechos como los del depósito de la guerra de los Inválidos. Ademas presentó á la sociedad de fomento de la in-

muy avanzada, y ademas que apenas produjeron sino algunas obras puramente intelectuales. Nosotros no citamos aqui mas que á los ciegos de nacimiento, ó á aquellos que, privados mas tarde de la vista, han dado pruebas extraordinarias y notables de haber sabido reemplazar con el tacto ó la fuerza de ánimo, la pérdida del precioso sentido de la vista.

nes que pudieran tener lugar. Así como tres de las paralelas perpendiculares bastan para un solo carácter, así también tres de las paralelas horizontales bastan para otra línea, y lo mismo las otras, sin que puedan confundirse. De este modo, podía tener á un tiempo en su tablilla algunas líneas de caracteres una sobre otra, y por consiguiente podía dividir fácilmente las cantidades. Además, sabía poner y quitar las clavijas con una increíble velocidad.

Las tablas aritméticas que Saunderson había imaginado para su propio uso, consisten en cuatro sólidas piezas de madera con la forma de paralelepípedos rectángulos de unas



Tablas de Saunderson.

alfileres en los puntos angulares, y rodeándolas con una hebra de seda se daba cuenta de todas las figuras que quería formar, como puede verse en la figura núm. 4.

Saunderson tenía un tacto tan fino y delicado que conocía con la mayor facilidad las monedas falsas. El menor cambio de atmósfera era sumamente sensible para él. Un día que estaba asistiendo á varias observaciones astronómicas, por la alteración de los rayos del sol que le daban en la cara, notaba cuando pasaba una nube entre el cielo y él; y esto es tanto más extraordinario, cuando no solo no veía nada, sino que aun hasta se hallaba privado del órgano de la vista.

Saunderson murió en Cambridge en 1739, á la edad de cincuenta y seis años.

SCHOMBERG (Uldaric) nacido en Alemania á principios del siglo XVII, aunque se quedó ciego á la edad de tres años, se entregó con el mayor ardor á la literatura que profeso con mucho honor en Altorf, en Hamburgo y en otros varios puntos.

WEISSENBURG de Manheim, perdió la vista á la edad de siete años. Sin embargo, leía y escribía perfectamente con caracteres que él mismo había inventado, aunque no había visto ninguno antes de quedarse ciego. Era muy buen geó-

grafo y compuso mapas y globos de que se servía para estudiar la geografía. También imaginó una tabla de aritmética que difería muy poco de la de Saunderson.

BENEDETTA.

(Véanse las páginas 98, 106 y 111.)

— Y quiere especular con vuestra mano para abonar sus tierras, no es verdad? Ah! José, no eran esos los pensamientos que teniais ántes, cuando á mis prudentes observaciones contestabais con ardientes frases hijas del mas profundo amor. Me habeis hallado pobre y desnuda, pero poco afanosa de los bienes de este mundo, é ignorante de sus hábitos y leyes. Me tomasteis como un juguete, yo me arrojé en vuestros brazos, respondiendo á vuestros deseos con otros de la misma naturaleza, me entregué á vos sin condicion, porque me prometia que me amariais siempre; pero hoy, principe de Acquaviva, no combató por mí; si fuese la Benedetta del Corso, ah! entonces, sin duda ninguna desgarraría, á vuestros ojos, el contrato que nos liga el uno al otro en esta vida, pero soy madre, y este título me impone deberes que no olvidaré jamás.

— Nada pretendo, señora condesa, nada, sino depositar

— Y qué queréis hacer? preguntó Acquaviva.

— Tranquilizáos, soy demasiado altiva para aprovecharme de un himeneo que he debido solo á la vanidad del primer momento. Me habeis amado, y me queréis aun, lo sé; pero débil, á pesar de vuestras apariencias, qué seriais hoy, si una prevision que bendigo, no me hubiese inducido á comprimir las revelaciones que vuestro orgullo os dictaba todos los dias para conquistar algunas alabanzas, ó dar á vuestro nombre un nuevo lustre? qué hariais hoy si armada de ese contrato, que jamas solicité, me presentase al mundo como la verdadera, la legitima, la única condesa de Acquaviva?

— No me quedaria mas que morir.

— Podéis vivir, no tengais miedo. Os devuelvo los títulos que se oponen á la realizacion de los deseos de vuestra noble parentela. Me quedo sin armas contra vos: á los ojos de Roma, á los vuestros y aun á los míos, no soy mas que Benedetta, la mujer que habeis dignado honrar con vuestro amor de príncipe.

— Me opongo á eso, Benedetta, me opongo con todas las fuerzas de mi alma. Tanto cariño me vuelve á la razon, y juro de rodillas á tus pies que no perteneceré á nadie mas que á tí.

— Si así es, repuso Benedetta despues de un momento de silencio y enjugándose los ojos llenos de lágrimas, os perdono todo el daño que acabais de hacerme. Os respondo de vuestra felicidad, pero quiero que al instante mismo salgais de Roma por un dia entero, que no veais á nadie, y que no pronuncieis una palabra siquiera relativa á nuestro himeneo. Jurádmelo así, y cumplido fielmente; nuestra vida depende de ello.

Sorprendido Acquaviva de la calma con que la jóven había pronunciado estas palabras, y trémulo con la misma emocion que daba á la jóven una actitud tan digna y tan serena, prometió que se someteria á lo que ella exijia de su ternura, y estrechando á Benedetta en sus brazos al lado de la cuna de su hijo, exclamó:

— Seamos felices ó desgraciados juntos, amiga mía; dentro de algunos instantes volveré aquí y será para no volver nunca á separarnos.

— Si, sí, para no separarnos nunca mas, porque os amo como en los primeros dias de nuestra union y voy á ocuparme, durante nuestra ausencia, en todo lo que os interesa.

El condé de Acquaviva se marchó lleno de esperanza, pero tratando, á pesar de su alegría, de disipar las vagas inquietudes que hacian nacer en su espíritu la incomprendible exigencia de Benedetta y el juramento que acababa de hacerle.

Apénas la jóven se hubo quedado sola con su hijo, cuando un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos; tomó en sus brazos á la inocente criatura, y cubriéndola de sus caricias de madre, exclamó sollozando:

— Vamos, valor y resignacion es lo que me hace falta.

Enseguida cubiéndose con un velo espeso que ocultaba sus facciones todas, y dominada por un poder de voluntad sobrenatural, salió sin ruido de la casa como si acabara de cometer un crimen y algunos minutos despues ya se hallaba en presencia de la condesa de Acquaviva.

— Señora, le dijo, ánte Dios y ánte los hombres soy vuestra hija, llevo vuestro nombre, y soy madre ya. Hace un instante acabo de dejar á vuestro hijo que me ha dado á conocer vuestras intenciones, vuestros proyectos de familia; todo lo sé, señora.

— Y os oponéis sin duda; pretendéis...

— Nada pretendo, señora condesa, nada, sino depositar

en vuestras manos la única cosa que pudiera servir de obstáculo al nuevo himeneo del condé de Acquaviva. Le ofrecí destruir este contrato delante de él, pero ha sido bastante grande y generoso para oponerse á ello, y por el contrario, me propuso publicar al instante el lazo que nos une. Acaso hubiera podido resistir á la violencia, pero es imposible que resista al amor. He tomado por mí cuenta el alejarle de la ciudad para venir á veros, y aquí estoy, mas fuerte que él, á traer os un contrato que aseguraba mi felicidad, pero que podía mas tarde labrar el infortunio de mi esposo.

La condesa de Acquaviva se levantó atónita de sorpresa, para estrechar sobre su corazon enternecido á aquella jóven de acento tan tierno y de un corazon tan valeroso.

— Benedetta, la dijo, erais digna de ser mi hija, y en la emocion que experimento debeis conocer mi dolor de madre. Habeis tenido un buen pensamiento al venir aquí; gracias le doy al cielo. Bendita seas, añadió apretando la mano de la jóven contra sus labios; bendita seas, hija mía, porque vuestro sacrificio tan admirable de espontánea generosidad va á salvar á toda una familia de la desesperacion de la miseria.

— He cumplido mi deber; me permitis que me retire ahora?

— No, todavia no, hija mía: necesito manifestaros antes todo mi reconocimiento. Debo cuidar de vuestra suerte, debo tratar de aminorar el infortunio en que os vais á sumerir por nosotros: es una deuda que pagaré como madre, como abuela, y es necesario que acepteis un testimonio manifesto del interés que siempre y en todas partes os mostrará mi familia agradecida.

— Eso no puede ser, señora condesa, y fácilmente comprenderéis los motivos de mi negativa. Dentro de una hora estaré lejos de Roma con mi hijo, que es vuestro tambien. Consolad á su padre, y recibid en su nombre las mil pruebas de felicidad que le deseo.

— Pero no podéis partir así sin obgeto, sin esperanza, jóven y delicada como estais. Decidme donde pensais retiraros, lo que queréis hacer, á fin de que pueda ayudaros á vos y á vuestro hijo solicita y atenta como una madre. Habeis roto el lazo que os unia con mi hijo en este mundo, pero este sacrificio me da derechos sobre vos, de los que quiero usar...

— Oh! no temais nada; siento en mi corazon valor bastante para sobrelevarlo todo, y mi hijo me haria placentero hasta el infortunio. Quedáos con Dios; los instantes son preciosos, la hora se acerca: ante Dios y ante los hombres os juro que no seré ya mas que Benedetta.

Y dicho esto salió dejando á la condesa de Acquaviva en medio de una inexplicable turbacion.

El maestro Palestri se hallaba solo en su aposento della via di Tratella, cuando la jóven llegó á su puerta. El maestro corrió hacia ella y con mucha galanteria la dijo:

— A qué buena fortuna debemos que mi brillante discipula recorra á estas horas las calles de Roma? A qué casualidad debo esta visita que tanto me honra?

— Muchas veces me habeis dicho maestro Palestri, que con mi voz podria hacerme una posicion y acaso un nombre. Soy madre, ya lo sabeis, y desde hace mucho tiempo deseo ver si vuestras predicciones eran solo un sueño de la indulgente amistad que me tenéis.

— Idea sublime! *mia cara*, y que mas de una vez ha pasado por mi mente. Una prima donna como vos lo seréis, con vuestra voz encantadora, con vuestra hermosa figura puede dar millones al mas pobre empresario; puede hacer

vieron á Piccini. Su *Rolando* ejecutado en 1778, fué un verdadero triunfo. La corte, á imitación de todo el mundo, se dividió también entre los dos compositores. La reina, que había abandonado á su antiguo profesor por el recién venido, sostenía la música italiana, en tanto que el rey se ha-

bia declarado por la música alemana. Publicábanse folletos en pró y en contra de ambas escuelas, y hasta había quimeras y desafíos. Berton, director entonces de la Ópera, quiso reconciliar á los dos jefes de partido en una comida que les dió. Gluck y Piccini se abrazaron, pero al día si-



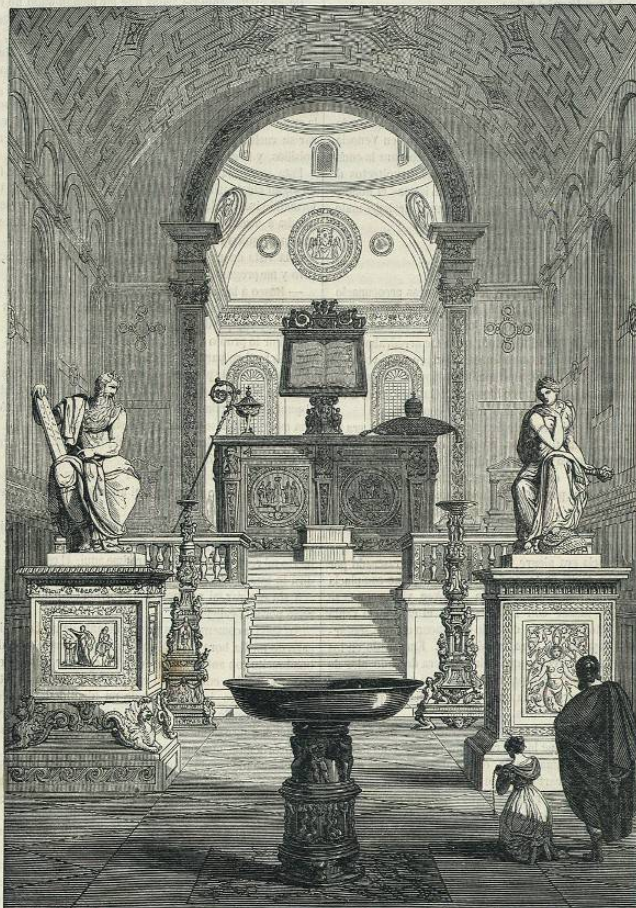
Una escena de la infancia de Gluck.—Dibujo tomado del cuadro de M. F. Boischevalier.

guiente se rompieron de nuevo las hostilidades. Por último aceptaron una especie de competencia, tratando ambos la *Ifigenia en Taurida*, pero como la severidad del argumento era muy favorable para Gluck, este fué quien quedó vencedor.

Habiéndose sorprendido algunos en esta ópera de que

después de los furioses de Orestes, cuando este canta: *Le calme rentre dans mon cœur* hubiese todavía en la orquesta algún ruido de bajos y de violines, Gluck les respondió: — No estais viendo que Ores es habiendo muerto á su madre, miente cuando habla de calma y de serenidad?

OBRAS MAESTRAS DE LA ANTIGUEDAD Y DEL RENACIMIENTO.



Obras maestras de la antigüedad y del renacimiento.—Composicion y dibujo de M. Borener.

El artista ha representado en primer término la Pila de agua bendita de la iglesia de San Marcos de Venecia; la parte inferior adornada de delfines y de tritones, es un altar griego de un hermosísimo trabajo; el relieve donde se ven niños, es de fines del siglo XV.

A la izquierda, el altar que sirve de pedestal á una estatua de Moisés, es de bronce y fué hecho por Lorenzo Ghiberti: el Moisés es de Francavilla, y forma parte del monumento Médico en la catedral de Milan.

El pedestal á la derecha, es de Baldazar Peruzzi, y